

Iglesia

MITRAS CONTRA URNAS

FERMIN CEBOLLA

EON su adhesión a la pastoral del cardenal de Toledo contra la Constitución, lograron lo que en la Asamblea Plenaria del Episcopado se ocultaba a los informadores: que se supieran sus nombres. Son solamente diez. Hace cinco años, eran veinte. Después de las elecciones del 15 de junio, todavía quince. Pero desaparecieron los Cantero, los García Lahiguera... Son ocho. Uno en Galicia, uno en Canarias, cuatro en Castilla, uno en el País Vasco, el de Alicante. Y pare usted de contar. Un cardenal entre cuatro cardenales, dos arzobispos entre doce, ocho obispos entre un total de 78. Se trata de una irreversible minoría, que va siendo diezmada por el tiempo: Peralta Ballabriga, está a punto de retiro definitivo, cuando Roma provea nuevo obispo para la diócesis de Vitoria, que por el momento —aceptada ya su dimisión— administra. García de Sierra, en Burgos, Franco Gascón en Tenerife, han saltado ya la barrera de los setenta años. ¿Cabe sospechar que Roma cubra sus vacantes con gentes de parecida ideología preconcliar? Ni ellos mismos se lo creen.

Ese es el triste liderazgo del cardenal González Martín, de Toledo. Lo de primado, después de la institucionalización de las Conferencias Episcopales, no deja de ser más que una condecoración histórica. Porque González Martín no es hoy primado del mismo modo que lo fueron en un pasado inmediato un cardenal Gomá, o un Pla y Deniel.

Don Marcelo, en sus años mozos vallisoletanos, no iba para líder de la ultraderecha episcopal. Nacido en 1918 en la ciudad del Pisuerga, buen estudiante de Comillas, el canónigo Marcelo daba clases en la Universidad, trabajaba en Cáritas y aconsejaba a los Hombres de Acción Católica cuando aquellas flámigeras homilias de la Misa de una en la catedral. La barriada obrera de San Pedro Regalado surgió por iniciativa del hoy primado, alguna de cuyas homilias grabó la Policía franquista. Don Marcelo era nada menos que un sospechoso de izquierdismo. Obispo de Astorga desde 1961, con él llega la renovación a uno de los más serlos enclaves del tradicionalismo católico,

diócesis en la que se había construido el último de los palacios episcopales que en España existen, maravilla arquitectónica de Gaudí. Pero don Marcelo no pudo asimilar el Concilio, quizá porque para él coincidió con las tensiones de su promoción y paso por el arzobispado de Barcelona —"volem bisbes catalans"—. En Barcelona naufragó el canónigo obrerista, el renovador astorgano y hasta el fogoso orador vaticano. De Barcelona viajó hasta Toledo un don Marcelo temeroso,

don Marcelo ha ido viendo como descendían sus aguerridas huestes. Sólo son nueve sus seguidores, la larga lista de los Pildain, Moll, Beitia, Almarcha, Morta, Llopis, Granados, García de Castro, Cantero, García Goldáraz, y tantos otros, don Marcelo se va quedando sólo en su primacía. Se queda solo hasta en la Conferencia Episcopal. Si antes presidía la poderosa comisión Episcopal del Clero, a la vez que su escudero Castán Lacoma, obispo de Sigüenza-Guadalajara,

Bias Piñar y con Fernández-Cuesta. Quizá porque aún sospeche que Toledo, pese a los resultados, sea el feudo de Falange y de Fuerza Nueva.

Limitan a la archidiócesis de Toledo por el Este, las diócesis de Guadalajara y Cuenca. Más abajo, Albacete, y ya en el mar, Alicante. Así, don Marcelo, con Laureano Castán Lacoma, sesenta y seis años; José Guerra Campos, cincuenta y ocho; Ireneo García Alonso, cincuenta y cinco, y Pablo Barrachina Esteban, sesenta y seis, forman el bloque episcopal más conservador en un área relativamente próxima.

El gallego Guerra Campos era también un lanzado en sus años mozos. Asombró al Concilio por sus saberes marxistas, pero pronto se convirtió en "el obispo santo y sabio" de ciertas octavillas de Fuerza Nueva. Procurador en las últimas Cortes de Franco, subió como la espuma gracias a su indudable preparación intelectual y al apoyo del antecesor de Tarancón en Madrid, monseñor Morcillo. A la muerte de éste, ya todo se hallaba dispuesto en Castellana, 3 para que los canónigos madrileños designaran vicario capitular a Guerra, pero el nuncio Dadaglio les ganó por la mano, y antes de que se reunieran les comunicó la decisión de la Santa Sede: administrador apostólico de Madrid sería el cardenal Tarancón, entonces titular de Toledo. El cabreo de ciertas esferas fue para contarle. Autor de un ensayo, "La Iglesia y Francisco Franco", colaboró con don Casimiro en la poda de los movimientos apostólicos católicos, que siguen desde 1969 sin levantar cabeza. Guerra Campos ha sido el único obispo español con un programa semanal en RTVE, naturalmente en el régimen anterior. Todopoderoso secretario general del Episcopado, fue arrollado en las elecciones de 1975, y sustituido por Eneas Yanes, hoy arzobispo de Zaragoza. Muerto Franco, Guerra Campos ordena leer en todas las iglesias de Cuenca su testamento y, desde 1973, muestra la más recalcitrante insolidaridad con la Conferencia Episcopal de la que forma parte. "La Conferencia Episcopal no puede producir actos legislativos por sí sola", sentenció, y, desde entonces, documento que publican los obispos, documento que en-



desconfiado, presa de todo tipo de escrúpulos sociales. Carrero Blanco quiso premiarle, cuando aún era arzobispo de Barcelona, con la designación a dedo —que haría Franco— como procurador en Cortes. Pero la base de la diócesis catalana no pasaba por ello, y don Marcelo tuvo que renunciar. Aceptó Guerra Campos, aceptó Cantero y otros dos más. En Barcelona se había visto obligado don Marcelo a pedir cuatro obispos auxiliares, todos ellos catalanes, a cuya responsabilidad dividió pastoralmente la diócesis. Y llegó a Toledo. El régimen de Franco podía utilizar la baza conservadora del primado. Pero el Episcopado español había recibido ya el baño del Vaticano II y de la famosa Asamblea Conjunta Obispos Sacerdotes, en la que por primera vez en torno a don Marcelo hacen piña los obispos del pasado. Eran entonces nada menos que 37. Desde 1971

comandaba la de la Doctrina de la Fe, hoy monseñor González Martín no está presente más que en el Comité Ejecutivo de la Conferencia, al que se le alzó por deferencia al capello cardenalicio. Pero consiguió sólo 49 de 78 votos. Evidentemente se trata de una estrella en eclipse. Y es que los tiempos no perdonan. Quien ahora arremete contra la Constitución "de forma enteramente particular", canonizó "particularmente" a Franco con aquella frase de pésame a doña Carmen: "Era un santo, era un santo". Don Marcelo pronunció la famosa homilía. Era lógico que don Marcelo condenara a los cristianos por el socialismo, y que cuando el 15 de julio del 77 advirtiera que "un católico no puede votar a un partido marxista". Ahora, con su carta pastoral asimilada por sus ocho seguidores, don Marcelo se ha alineado definitivamente, en lo político, con

Iglesia

cuentra su contrapunto en el boletín de la diócesis de Cuenca. Desde hace dos años, Guerra Campos no asiste a las asambleas plenarias de los obispos españoles. Se ha automarginado.

Junto a estos dos nombres de primera fila, don Marcelo y Guerra Campos, el resto de los obispos ultras no son más que segundones. Ni siquiera la particular batalla de don Angel Temiño en Orense le libra de tal apreciación. Afincado en las posiciones intelectuales más retro, Angel Temiño Sáez, un burgalés de sesenta y ocho años, pasa por ser el obispo más contestado de España. Más de 300 jóvenes pidieron su dimisión en 1973, miles de fieles la solicitaron en 1975, un tremendo informe secolar estalló en 1976 sobre el "autoritarismo" del obispo. Menos llamativa, pero quizá no menos extendida ha sido la contestación que en Lugo ha ro-

deado a don Antonio Ona de Echave, navarro de setenta y tres años, con dieciocho al frente de la diócesis lucense. Que lo digan si no los curas que protagonizaron la sentada en las escalinatas de la catedral, cenando sólo pan y tocino, mientras arriba, en palacio, un espléndido banquete recordaba la ofrenda del antiguo reino de Galicia al Santísimo Sacramento. Mire usted por dónde, otro de los obispos del "clan primado", don Laureano Castán Lacoma, nació en Fonz (Huesca), sesenta y seis años, tiene escrito un estudio titulado "Esbozo de una Teología de la Información", allá por 1955. Háblele usted a Castán de libertad de información. Sucesor en Guadalajara de un no menos ultra, como fue el vasco Berasclartúa, ha tenido una gran influencia durante el carrerismo en la Conferencia Episcopal, a través de la comisión para la Doctrina de la Fe que

presidía. Con cierto humor negro, él mismo se ha autodefinido en alguna ocasión como "el gran inquisidor del Reino".

Un leonés, Luis Franco Gascón, rige los destinos de la diócesis de Tenerife. Fraile redentorista, fue secretario de la Confer. Tuvo que hacerse mucha violencia, sin duda, para publicar aquel duro documento de 1970 cuando ciertos encierros obreros en los templos motivaron una dura represión policial, criticada por monseñor Franco. De cualquier forma, en el conjunto del episcopado ni pincha ni corta, como ocurre ya con el arzobispo de Burgos, don Segundo García de Sierra y Méndez, setenta años, asturiano, donde ha fundado la Facultad Teológica del Norte de España, que no ha brillado precisamente por su progresismo doctrinal. Menor influencia todavía tienen los obispos Demetrio Mansilla Reoyo, de Ciudad Rodrigo, o el enfermo Francisco Peralta Ballabriga, que ha visto durante su pontificado cómo la prestigiosa diócesis de Vitoria perdía rueda ante las nuevas de Bilbao y San Sebastián, punteras hoy de lo que ocurre, eclesiásticamente, en el País Vasco. ■ F. C.



Guerra Campos (Cuenca).



Temiño (Orense).



Peralta (Vitoria).



Barrachina (Orihuela-Alicante).



Franco (Tenerife).



Castán (Sigüenza-Guadalajara).

EL CARDENAL DEL 'NO'

E. MIRET MAGDALENA

HACE siglos, un escritor católico muy famoso, el autor del libro *Imitación de Cristo*, cuyo nombre se desconoce —porque no sabemos si fue Tomás de Kempis o Gerardo Groote—, daba este inteligente consejo: "no mires quién es el que lo ha dicho, sino lo que dijo".

Advertencia —como gran parte de las observaciones psicológicas

de este enjundoso libro, a veces demasiado pesimistas, pero siempre agudas— que puede servirnos para calibrar lo que en torno de la Constitución votada por los españoles han dicho nuestros cardenales, representados por las dos figuras máximas entre nuestros príncipes de la Iglesia, que constituyen con otro centenar de arzobispos extranjeros ese anacrónico senado

